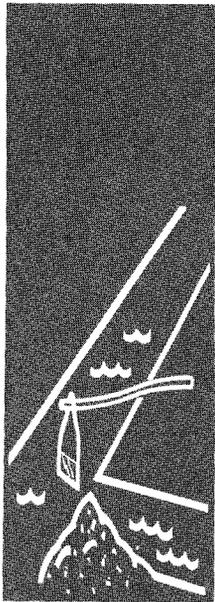


Hidráulica moderna y regadío antiguo

Juan Benet



La tierra de mi abuelo se cultivaba a mano. Se trataba de un predio de unas diez hectáreas, tres cuartos dedicados al regadío y un cuarto ocupado por la vid. Situada en un pequeño valle del Maresme, entre Arenys y Canet, con un clima muy benigno, un suelo de jabre fértil y beneficiada por la abundancia de agua, aquella huerta estaba en plena producción a lo largo de todo el año. Todos los días —incluso muchos domingos— despachaba al mercado de Arenys un par de carros cargados con sus productos: judías, tomates, berenjenas, patatas, melones, pollos o conejos. Periódicamente venía una camioneta a cargar el maíz, el grano, el vino o algún ternero de más, pues el ganado se reservaba para el consumo casero. Sin embargo, aquella granja polimorfa se basaba en el regadío, un conjunto de bancales que se extendía desde el collado dominado por la viña hasta el fondo del valle, el Rial de les Serps. Todo el agua procedía de una mina que nacía del Montnegre y cuya propiedad mi abuelo compartía con otros dos terratenientes, mediante un ingenioso partididor de tres niveles —que databa de principios del XIX— que distribuía los respectivos caudales con impecable precisión. De un depósito superior emplazado en el nivel de la viña, el agua se distribuía por tres acequias horizontales, terminadas en tuberías de gres, que a su vez la entregaban a diversos regatos, implantados en las líneas de máxima pendiente, por donde circulaba hasta el bancal. El bancal (el *balat* de los árabes, la *barata* de Andalucía) estaba constituido por un plano de unos doce metros de anchura por sesenta de extensión, como término medio, adaptada su forma y sus dimensiones a las condiciones de la ladera. Entre dos bancales podía existir un desnivel de unos cuatro metros, separados por un talud natural o forrado de piedra a hueso a tenor de la pendiente. Pero muchos de ellos eran también aprovechados para el cultivo de espárragos o boniatos, tal era el aprovechamiento de la tierra. El bancal tenía invariablemente una estructura de peine, con un regato en el borde del talud de fuera que alimentaba sus subsidiarios paralelos, entre dos púas del peine. Se puede decir que se trataba de un esquema de riego en derivación. El regato principal se alimentaba de una pequeña almenara o partididor que distribuía el agua a cada dos bancales adyacentes. Era por consiguiente una pequeña arqueta de planta cuadrada dotada con cuatro orificios de unos quince centímetros de diámetro: dos orificios en el sentido de la pendiente para recibir o dejar pasar el agua y otros dos en la horizontal para regar uno u otro bancal. Los orificios se taponaban con unos corchos de tal diámetro y la medida del sentido de economía del "colono" la suministra el hecho de que en cada arqueta nunca había más corchos de los necesarios, es decir, dos.

No creo que un sistema mecánico controlado por relojes y válvulas fuera más preciso y riguroso que lo era aquel colono a la hora de regar. Sabía, sin necesidad de una hoja escrita, qué día, a qué hora y durante cuánto tiempo había que regar cada uno de los casi cien bancales de que constaba la huerta. El sistema era muy simple, lo hacía por inundación. Una vez abierto el orificio de la pequeña almenara, con un golpe de azada obstruía el paso del regato principal al tiempo que abría el primero de los secundarios cuyo portillo cerraba antes de que el agua, una lengua negra que en su extremo se orlaba con una corona de pajas, hojas secas y oscuras burbujas, alcanzase su extremo. El golpe de tierra con que abría uno servía para cerrar el otro. Antes de llegar al último regato ya había taponado el orificio de la almenara y abierto el adyacente, a sabiendas de que el volumen contenido en la aducción se bastaba para el riego de aquél. No perdía una gota, no se producía un escape y el plano del bancal tras el riego parecía el resultado de una nivelación de precisión.

La huerta era trabajada por una familia de "colonos", los Pucheu, a la que mi abuelo había cedido en enfiteusis su explotación en tiempos de la Dictadura. Trabajaban en la tierra y en las labores accesorias no menos de diez horas diarias y no menos de tres generaciones, padres, hijos casados e hijas solteras y nietos, sin distinciones de sexos. Que yo recuerde, tan sólo las labores del arado, de la azada, del riego y la conducción de los carros eran privativas de los hombres. La siembra y la recolección la hacían entre todos. Con un régimen así, los Pucheu se enriquecieron, se compraron pisos en Arenys y Barcelona y una tierra en Breda, mientras que mi abuelo refunfuñaba y se quejaba



Fig. 1. El Maresme. Balsa para acumulación de agua de riego.



Fig. 3. Cultivos de El Maresme recién regados.

Fig. 2. Huerta abancalada en El Maresme.

de que las condiciones contractuales a duras penas le permitieran mantener el tono de su familia siendo propietario de una tierra tan productiva. Por su proximidad a la playa que separa Arenys de Canet la especulación urbanística no tardó en llegar al Rial de les Serps y la finca, tras la muerte de mi abuelo, dejó de ser explotada, fue vendida y al parecer ha sido parcelada. Por otra parte no sé hasta qué punto aquel cultivo de bancales habría podido mantenerse en los días de la agricultura mecanizada. No resulta exagerado calcular en treinta mil horas el trabajo anual necesario para llevar a buen término aquel tipo de explotación que si en los años de la posguerra permitió enriquecerse a una familia de diez o doce miembros sería porque fácilmente podía producir un rendimiento bruto anual de unos quince millones de pesetas, es decir, unos dos millones por hectárea a los precios de hoy, lo que conduce a un valor de adquisición de unos veinte millones por hectárea, un tipo sólo superado por el suelo urbanizable.

Aquella cultura de explotación manual ha pasado a la historia, al menos en extensas zonas del campo español, para ser abandonada o sustituida por otra menos exigente. Sin embargo para explicar tal abandono no cabe aducir una razón puramente económica, a la vista de una productividad que aún hoy aceptaría cualquier clase de competencia, a menos que en tal apartado se incluya el ahorro del esfuerzo físico o la renuncia al músculo como factor del trabajo. La topografía del bancale, la formación del peine a golpe de azada —hasta formar una superficie tan uniforme como una chapa ondulada—, el cultivo por sembrera con cada semilla u hoja colocada a mano y el regadío por inundación muy difícilmente se prestan a una mecanización que sin duda cubre el campo del trabajo agrícola en sus dos extremos —la gran extensión y el plantío— pero que deja un vacío poco menos que relegado al anacronismo en una explotación como la que he tratado de describir. Simplificando las cosas cabe decir que aquella cultura se basaba en dos fuentes —dando por supuesto la existencia de una tierra de fertilidad media—, a saber: el trabajo del músculo humano —guiado por una técnica sancionada por los siglos— y la abundancia de agua. La primera se

ha visto comprensiblemente desplazada por cualquier actividad que relegue a la máquina la componente energética del trabajo, en tanto que la segunda constituye, paradójicamente, el mayor obstáculo para la modernización de la cultura y el abandono de sus métodos tradicionales. Por el contrario la escasez de agua ha sido, con carácter universal, el acicate de la tecnificación del regadío con el propósito de llevar a la planta exclusivamente la cantidad y calidad de agua que necesita, un proceso que al ser ejecutado mediante automatismos elimina indirectamente el trabajo del músculo.

En zonas extensas y llanas del regadío español, en las ricas vegas del Ebro, de Levante y del Sur, tan distintas de los escalonados bancales del Maresme, será muy probablemente el proceso de dosificación del agua el último en llegar a la cita de la tecnificación. El agua, por así decirlo, está intrínsecamente tecnificada y con su acción —sin intervención del músculo humano— produce el crecimiento de la planta en tanto que para el resto de las operaciones —preparación de la tierra con el arado y el abono, siembra y recolección— se precisa un esfuerzo que se encomienda más y más a la máquina.

La mecanización de la agricultura, en efecto, ha buscado y encontrado la sustitución del músculo pero poco ha hecho para economizar el agua en las regiones y zonas donde es abundante, aun cuando la introducción de tal técnica suponga una mecanización de segundo grado, la automatización, que relega al regadío tradicional por inundación o por aspersión a un cierto estado de atraso. La política de riegos en España —con un recurso hídrico precario y desigualmente distribuido— no puede limitarse a la dotación y el control del agua para hacer de ella un uso anacrónico. Si nuestro país se ha de lanzar en el futuro a la ingente operación de la redistribución más uniforme posible del recurso, mediante la regulación del mismo y la conexión de las cuencas por sucesivos trasvases, justo es pensar que el esfuerzo público necesario para ello se vea justificado por el esfuerzo, en gran medida privado, de armonización del consumo a la técnica contemporánea. □

Juan Benet